

La casa muerta

ENRIQUE LAFOURCADE*

Se trata de un viaje en el tren nocturno al sur. Tal vez lo soñamos. El poeta Teillier iba con un suéter blanco. Era el otoño y los vidrios de las ventanillas se cruzaban de lluvias. Juro que divisé entre las penumbras al filósofo Jorge Millas meditando, ovillado, o tal vez durmiendo, aunque le vimos luego bajarse, atlético, en la estación de Chillán, hacia la medianoche, y devorar con solemnidad metafísica un racimo de uvas negras. Hacia las seis de la mañana estábamos en Temuco, bajo una fina llovizna. En una pensión de mala muerte, junto a la vía férrea, bebimos chicha de manzana, o una taza de té; quizás ambas cosas, esperando el trencito de carbón, casi de juguete, que finalmente nos llevó a Lautaro, la ciudad sagrada. Recuerdo el alba a medio salir de las siete de la mañana. Unas fogatas. Nosotros caminábamos hacia la casa del poeta por los rieles lustrosos. Era un atajo, entre durmientes y zarzamoras. La madre de Jorge estaba en Concepción y la casa se advertía inválida, cojeando de una pierna. De madera, de dos pisos, con rosales y girasoles y un manzanar medio apolillado cubierto por espinudas matas de frambuesas. El padre, fuerte, sanguíneo, activo, subía y bajaba las escaleras, entraba y salía de la casa. Divisé a un hermano cuyo rostro se me ha borrado.

* ENRIQUE LAFOURCADE. Es en la actualidad uno de los más destacados novelistas chilenos. Sus numerosos libros son reeditados periódicamente. Ha sido premiado en España por su novela *Mano Bendita*. A Jorge Teillier se ha referido en *El Mercurio* de Santiago en una página ilustrada. "La Casa Muerta" figura en el libro de Teillier *Para un pueblo fantasma*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1978.

El poeta recorría solemne, hierático, sus lares, afirmado en los tacos como un muñeco sonámbulo, iba por los pasadizos húmedos y helados, por la cocina enorme. El techo goteaba (- *Hay que cambiar unas tejuelas de alerce* - rezongó el padre clavándole los ojos a su hijo). Jorge le oía como quien oye llover.

Después, el pueblo, los desolados almacenes, los bares donde todo el mundo saludaba al poeta con un: *¡Hola, Jorge!*, la fábrica de chicha de manzana, los enormes araucanos borrachos que nos llamaban *papito*, y la alemana alta, rubia y bella, que apareció por entre las flores silvestres.

Jorge Teillier jugaba al extranjero. No había dudas. - *Aquí estuvo el molino* - me decía, señalándome unas ruinas - *¡fue el mejor incendio del pueblo, en muchos años...!* Jugaba al extranjero cuando le iban reconociendo y el - *¡Hola, Jorge!* se multiplicaba. Lautaro, unos tilos, unos olmos, la plaza, el quiosco de la banda del regimiento, la novia, el camino circular de las novias, el círculo de tiza de las amadas. Como si acabara de mandarla a hacer, allí estaba otra, la niña blanca, de rasgos aymaraes, y ojos febriles, y boca de pez con sabor a manzanas ácidas.

Frío, humedad. El salón de la casa tenía su chimenea apagada. Allí hubo bautizos, santos, cumpleaños, despedidas, llegadas, horas de alegría, los hijos en el colegio, horas de inquietud, alguien enfermo, alguien que no había ido, alguien que no escribía, *es Jorge, mamá, que juega a irse*, él lo leyó en alguna parte, leyó que no era de este mundo, y, mucho menos, de Lautaro. La idea le atrajo y comenzó a desaparecer. Juego peligroso, el de los niños terribles de Cocteau, y mucho antes, ya descrito por el niño-poeta de Charleville, en su tarea de colegio, la glosa a la carta de Carlos de Orleans a Luis XI: *ces poètes-là, voyez-vous, ne sont pas d'ici bas; laissez-les vivre leur vie étrange, laissez-les avoir froid et faim, laissez-les courir, aimer et chanter...* ¡Qué más quería Jorge! Aunque si el padre, don Fernando, lo hubiera sabido a tiempo, no es paliza la que... No le entusiasmaba ese destino que su pródigo hijo iba eligiendo. ¿Y qué diablos era eso de estar y no estar? - *¡Recíbete! ¡Saca un título universitario! ¡La vida es dura y hay que tener con qué ganársela!* Todos los padres del mundo se mueren de susto ante un hijo poeta.

Muchas lunas llenas llegaron y se fueron de la plaza de Lautaro. El regreso del colegio, la hora del té, del mate, de las sopaipillas, las tareas, la hora de la pelea con los hermanos, la de los volantines, la del trompo, el emboque, las bolitas, leer hasta más allá de la medianoche a Julio Verne, disputarse *El Peneca*, los primeros libros de poesía, viejos, prestados, la casa estaba allí, la chimenea llenaba de calor las piezas, la cocina no goteaba, las lámparas

encendidas, y de una olla salía olor a pollo arvejado. Sobre todo, la madre que se deslizaba (acaso ahora Jorge la imite), con unos pies invisibles, como una sombra atenta, pronta a dar. La madre era la palabra, era el infinitivo (definitivo), el verbo: dar.

Muchas novias pálidas y trémulas como garzas envejecieron dando vueltas bajo los tilos, esperando al poeta que se había ido. Quería triunfar en Santiago y en las ciudades del ancho y terrible universo. A veces llegaba una carta con dos o tres versos, una tarjeta postal manchada de vino.

Recuerdo el sol pálido de las anchas calles del pueblo, el río Cautín, al fondo, donde saltaban unas truchas espinudas. En el verano, allí en las riberas, entre la alfalfa silvestre, se juntaban los adolescentes. Veían aparecer la luna llena. El aire estaba perfumado de lilas, de flores de acacia. Cantaban, discutían, recitaban versos, se daban besos. Recuerdo los bebederos clandestinos, las carretas llenas de araucanos, los almacenes de la Frontera hondos y anchos como basílicas, donde vendían cocinas económicas (donde cabía un tronco entero del más viejo alerce), romanas, almudes de harina, pescado seco, piñones, mantas de Castilla, refajos de algodón, ponchos, bacinicas. La estación de ferrocarriles era otro de los sitios donde se citaba la gente joven. Allí, en unos jardines, aún pueden verse las estatuas policromadas de héroes de la infancia, los Siete Enanitos, Blanca Nieves, Alicia, Bambi. Allí, entre el humo de carbón que arrojaban las viejas locomotoras y que las madres prudentes hacían respirar a sus hijos, a los más flacos, “porque era bueno para impedir la tuberculosis”, entre castillos de maderas rojas, junto a las tapias de durmientes dados de baja, cubiertos de musgos grises. Los pueblos de la Frontera cierran sus casas a la caída de la noche, aunque las niñas se quedan espionando por las persianas la calle desolada, donde a veces pasa un burro al trote o un entumido ciclista. De pronto, estampida de huasos ebrios de chicha de manzana, que salen del Club Social. Gritos, polvo, huascazos; las luces eléctricas, muy débiles, parpadean. Lueve. Un ¡ay! metálico, una ráfaga de luces, polvo, viento. Es el tren nocturno a Santiago. Pasan los estudiantes que vienen desde Puerto Montt, Osorno, Temuco. Un tren lleno de olor a orines, a causeo de patitas picantes, a huevos duros, a cerveza, donde proliferan ciegos y payadores populares, santones y pícaros de esos que venden bebedizos y ensalmos. Las bellas muchachas tiemblan frente a este tren que les arrebató a sus amados.

Así era el lugar. Luego, el tiempo, los muchos días, y algo como un huracán. Todo cambió. La casa de Lautaro quedó vacía, sin puertas, sin

ventanas, sin luz, sola bajo la lluvia, hoy es nido de golondrina, asilo de vagabundos. Y cuando ya no la tuvo, el poeta comenzó a quererla, violentamente. Cuando Lautaro se le perdió en la neblina de la infancia, *-Soy de Lautaro... ¿Y qué fue?-*, pero, Jorge, si tú eres el extranjero, el que admira y quiere solamente las nubes, pero si nunca tuviste familia, ni padres, *-¡Lautaro! ¡Lautaro! ¡Tan lejos!-*, convéncete, Jorge, que estás fuera de la tierra, que eres un viajero, el desconocido del Cautín, que todo fue algo que le pasó a otro *-¡Yo, soy Otro-*, que esa madre, que los hermanos, que las novias, que los tilos en flor, no te pertenecen, porque no llegaste *-¡Lautaro! ¡Lautaro! ¡Here I am!-* pero si allí ya no queda nada, si ya no hay ningún Teillier, si tu padre y tu madre y tus hermanos, si tus hijos, si... *¡Soy de Lautaro! ¡Estará de Dios!*